

LA BATALLA DE LAS SIGLAS

Hace aproximadamente cuatro años, algunos periódicos publicaban la noticia de que, en el Reino Unido, los términos “Antes de Cristo” y “Después de Cristo” (B.C. y A.D.) habían sido sustituidos por “Antes de la Era Común” y “Era Común” (B.C.E. y C.E.) respectivamente, ambos más políticamente correctos con otras culturas y, al mismo tiempo, más correctos históricamente. No mucho después, otros países seguían el mismo camino, siempre creando controversia entre los sectores más tradicionalistas. Porque, si bien es cierto que no todo el mundo acepta el cristianismo como creencia, también lo es que la figura de Jesús de Nazareth ni mucho menos nació en el año 1 como tradicionalmente se ha venido creyendo. ¿Por qué hablar entonces de 2007 después de Cristo?

Es generalmente asumido por los historiadores que Jesús nació seis años antes de lo que se pensaba. De otra forma, Herodes habría muerto ¡cuatro años antes del nacimiento de aquél a quien pensaba eliminar! Es más, casi con total seguridad, se piensa que no nació en diciembre. Esta fecha fue escogida por la Iglesia para competir con la fiesta mitraísta del retorno del dios sol tras el solsticio de invierno. Muchas otras grandes fiestas cristianas tenían propósitos parecidos. Sabiendo esto, ni siquiera desde un punto de vista cristiano parecería tener mucho rigor histórico utilizar el término “Anno Domini” o “después de Cristo” para referirse al año en que vivimos.

Sin embargo, como era de esperar, muchas asociaciones religiosas se quejaron ruidosamente ante un cambio que consideraban que atentaba contra sus creencias y costumbres. Según estas asociaciones, el uso de las siglas había perdido toda connotación religiosa, por lo que era innecesario cambiarlas. Parecían no darse cuenta de que, si tanto habían perdido su connotación, qué contradicción que pensasen que se atentaba contra la tradición cristiana al modificarlas.

En cualquier caso, la idea de utilizar unas nuevas siglas había germinado plenamente en el Reino Unido. Ya desde hacía décadas que científicos e historiadores de todo el mundo de habla inglesa habían comenzado a recurrir a la “Era Común” en lugar de a esa era cristiana, difícil de aplicar cuando se realizaba un estudio junto a investigadores que bien podían ser hebreos, musulmanes o budistas o cuando se explicaba un tema a clases donde los alumnos podían pertenecer a múltiples culturas.

Hoy en día que los colegios reúnen a estudiantes provenientes de multitud de países, que las redes de comunicación aumentan las relaciones interculturales, que, por qué no decirlo, la religión tiene un peso menor sobre la cultura occidental, ¿por qué no cambiar y decir que vivimos en una era común diferente de esa era cristiana cuya ideología tal vez no compartamos? Quizá sea complicado para algunas personas saber qué significado tiene eso de 614 A.E.C. (Antes de la Era Común), pero ¿para qué sirve si no la divulgación histórica?. ¿Qué rigor histórico puede haber en nombrar las fechas según un calendario erróneo? ¿Qué sentido que un agnóstico o un hindú utilicen una terminología inspirada en unas creencias que no comparten? Tal vez debamos también los españoles plantearnos la posibilidad de cambiar nuestra forma de decir el año en que vivimos. Ya no se trata solamente de una cuestión de corrección política, sino de corrección histórica.

B.M.



¡VAS A SABER LO QUE ES BUENO!

Y ¿qué es bueno? Pues no es tan fácil decirlo, ¿verdad? No es tan fácil decirlo como saberlo, o como sentirlo. Porque encontrar alguna bondad que nos sirva para explicar y entender todo el resto de bondades que nos han saltado al paso, más bien me parecería una traición de las otras y verdaderas, y cambiar su recuerdo vivo por una idea, siempre inexacta y falsificadora de lo que ellas eran. Sería algo así como tratar de explicar a qué sabe un melocotón y además, no contentos con eso, tratar de explicar qué es el sabor en general. Cualquiera que haya sufrido alguna que otra clase de psicología en que se le haya explicado con pelos y señales qué es el sabor, sabe muy bien que eso es un puro tongo, que hay gato en cerrado, y que ni papilas gustativas, ni glándulas salivares, ni terrenos vedados del cerebro, ni perro muerto que valga me pueden decir a mí qué es eso que estoy sintiendo cuando le pego un muerdo a un melocotón o a una pera, por no decir ya a un quigüi o una sandía. (Yo no sé bien lo que es el sabor, podríamos decir, pero sé bien que no es eso.)

Pero hay otra forma de saber lo que es bueno, aunque quizás no satisfaga al lector de estas letras. Hay otra forma que no es tan directa y definitiva como la de arriba, pero que tiene un regusto de practicidad y de utilidad de la buena que quizás le pueda servir a ese otro lector con menos aspiraciones y más incrédulo en general a estas palabras mías. Se trata de la desventurada vía negativa, es decir, que ya que lo bueno no se deja saber, a lo mejor podamos saber qué es lo que no es bueno. Aunque tampoco así quizás encontremos nada contundente, no piense el lector que le voy a solucionar la vida, pero a lo mejor encontramos algo.

Puesto que parecía que no resultaba fácil, y hasta que era bastante traidor y mentecato, tratar de descubrir el bien así a las claras, la primera vía negativa que se nos presenta es la de sospechar de primeras de cualquiera cosa que nos vengán vendiendo como superbuena y requetebuena y la hostia y lo último y lo más y todo eso que tanto nos suena. Sospechar por tanto de lo que nos venden como bueno. (Porque cuando una cosa es buena se suele decir en bajito, ¿no es así? ¿No se acuerda?). Y no solamente son motivos los gritos y los pantallazos y los cacareos para sospechar de que una cosa sea buena, sino que hasta casi podríamos decir que podrías, lector, sospechar que todo eso que tanto te gritan y te dicen que es bueno y lo mejor y el sumun, no es sino simple y llanamente, malo. Lo bueno se dice en bajito, para que no se sepa.

Así que de golpe ya puedes empezar a sospechar, lector, de los automóviles, que en todas partes aparecen vendiéndose a grandes letras y fotos. Puedes empezar a sospechar que los automóviles no sean buenos, lector. Y de las televisiones y hasta del televisor mismo, también puedes empezar, que ya ves cómo se anuncian en tiendas de electrodoméstica y canales televisivos. La última tele, el mejor deudé, el último grito en electrónica. La nueva serie, el último programa, los nuevos capítulos, lo nunca visto. Lo bueno, lo mejor, el novamás anunciado a gritos desde las pantallas y las hojas de la prensa.

Yo no te puedo decir lo que es bueno, humilde lector, ni tampoco lo pretendo, pero si oyes que se alza la voz o el tipo de imprenta, si ves que los colores se hacen más fuertes e intensos y te dañan la vista, si ves que se te ofrece el bien con seguridad y certeza, y que se proclama a la vista de todos... sospecha, lector, sospecha.

D.P

SÓLO NOS QUEDA EL PROGRESO...

Que todos queremos progresar parece claro. Al menos en lo que se refiere a la idea inherente de saber que el progreso tiene como fin alcanzar ese estado ideal, ese paraíso que daría sentido a la inmortalidad. La meta parece clara, pero ¿y el camino? ¿Compartimos una misma manera de progresar?

La concepción de progreso dependió en un momento de su dimensión teológica y hubo quien calculaba la prosperidad desde la creciente moralidad del individuo y su salvación. Su dimensión metafísica la sumergió en el prodigioso mundo del ser y la libertad, en la grandilocuente razón del hombre que ascendía a la vanidad de creerse con el mundo en las manos. Hubo quienes le encontraron su sentido en el desarrollo de la ciencia. Evolución que sin duda ha contribuido a, por ejemplo, tener una mayor esperanza de vida y, por lo tanto, más años para seguir reinventando el progreso. En este último estado de la ciencia positiva, Saint-Simon y Aguste Comte lo advirtieron como el “logro que corona el pensamiento humano”.

No faltaron aquellos que consideraron el progreso algo externo a los avatares de la historia, ya que en la misma transformación unidireccional del desarrollismo, alcanzaría su propio hueco. El progreso no se consigue, acontece, creían. Así convergieron las diferentes concepciones hasta que triunfó el término en el siglo XIX, que fue denominado como la “Era del progreso”. A punto estábamos de conseguirlo. Después llegaron los efectos colaterales, sobrevinieron sus debilidades y el progreso entró en crisis. ¿Había sido tal la evolución por el cambio del campo a la ciudad? Las sociedades urbanas requerían unas mejoras diferentes, ¿qué significaba entonces el progreso?

Ahora, todos damos por sentada la idea, pero pocos confiesan saber su representación. Saqueado el término, lo peligroso es llegar al relativismo de perder casi una esperanza, ¿es todo progreso progresista?

En este sentido, sería productivo entablar el debate entorno a la identidad de “progreso”. Como sustantivo nos sitúa en el resultado final de un proceso que conlleva un avance positivo; como adjetivo se presenta como una categoría evaluativa, relativa a los valores que tomemos en consideración. Valdría preguntarse, si muchos de los cambios sociales que se han dado sobre todo en este siglo, en el que las nuevas tecnologías han sido el criterio de progreso, llevan a resultados progresistas.

Además, la complejidad del término se enmaraña en las comparativas. Desde la situación etnocéntrica de la sociedad europea y americana, que han considerado el progreso como un proceso lineal y a ellos como punto de referencia, sitúan a las demás sociedades en una etapa inferior de progreso. ¿Es justa esta aplicación del término?

La crisis sufrida por la idea de progreso exige una reformulación del concepto, abarcado desde la realidad más inmediata, antes de que acabemos con él. Porque hablar de progreso significa hablar de futuro. Es nuestra alternativa a la utopía, aunque a veces vayan de la mano. Y es sobre todo una necesidad. “El mundo cree en el progreso porque la única alternativa posible a esa creencia sería la desesperación absoluta”, nos recuerda el ideólogo norteamericano, Sidney Pollard

L.F